



El estado de las Relaciones China-América Latina

Xulio Ríos

Director del Observatorio de la Política China

xulio.rios[@]hotmail.com

Resumen

La relación entre China y América Latina ha progresado en todos los frentes desde 1995, consolidándose especialmente en el ámbito comercial e inversor. La “extensión natural” a la región de la Iniciativa de la Franja y la Ruta (2015) y la plasmación de una nueva política para la zona (2016) trazan los ejes de un salto cualitativo que pudiera consumarse en los próximos lustros con un balance que aventura una mayor influencia de China. Ello plantea retos importantes para otros actores de presencia más tradicional como Estados Unidos o la Unión Europea. Por su parte, España debe tomar buena nota de este contexto y definir una estrategia que tenga en cuenta tanto la dimensión de rival como de posible socio del gigante oriental, si aspira a no verse desplazada en una parte del mundo donde conserva grandes activos de alto valor.

Palabras clave

China, América Latina, Iniciativa de la Franja y la Ruta, Estados Unidos, España.

Abstract

Relations between China and Latin America have made progress in all fronts since 1995, and have consolidated particularly in the realms of trade and investment. The “natural extension” of the One Belt, One Road Initiative to the region in 2015 and the development of a new policy towards Latin America in 2016 define the main drivers of a qualitative change that could lead, in the coming years, to China having an even greater influence. This poses important challenges for other actors that have been traditionally present in the region, such as the United States and the European Union. As for Spain, it should take good note of this scenario and define a strategy that takes into account both the role of rival and that of potential partner of the Eastern giant, if it aspires to prevent being displaced from a region of the world where it still has a great number of high-value assets.

Key Words

China, Latin America, Belt and Road Initiative, United States, Spain

Xulio Ríos

Es director del Observatorio de la Política China. Asesor de Casa Asia, es promotor y coordinador de la Red Iberoamericana de Sinología y dirige Jiexi Zhongguo, digital trimestral de análisis y pensamiento iberoamericano sobre China. Igualmente, codirige el Compendio Anual sobre las Relaciones entre China e Iberoamérica que edita la Universidad de Zhejiang. Autor de más de una docena de títulos sobre China, su última obra es *La China de Xi Jinping* (Popular, 2018).

Introducción

China se ha convertido en un actor clave para el desarrollo de América Latina. A pesar de la distancia que los separa, las barreras del idioma o las diferencias culturales, el gigante oriental siempre ha tenido una destacada presencia en algunos países de la región (Ríos, 2016a). No obstante, su reposicionamiento desde 1995 se ha disparado en paralelo a su transformación en el nuevo siglo, pasando de la octava posición en 2002 a la segunda actual en la clasificación económica global. Entre 1995 y 2015 los intercambios entre ambas partes han gestado un cambio cualitativo sorprendente: China es ya el segundo socio comercial de la región, por detrás de Estados Unidos (EE. UU.) (Ellis, 2014).

Durante mucho tiempo se subestimó la posición de China como socio clave de América Latina, limitándolo en gran medida a un creciente y significativo papel en materia de comercio e inversión. Sin menoscabo de ello, el acelerado recorrido de los ejercicios precedentes se completó con la firma de amplios acuerdos de asociación estratégica con países como Argentina (2004), Brasil (1993), Chile (2004), Ecuador (2016), México (1997), Perú (2005) o Venezuela (2014). Igualmente, ha establecido asociaciones estratégicas con Costa Rica (2005) y Uruguay (2016), mientras que en 2005 anunció una asociación amistosa para el desarrollo con Jamaica. En suma, a unos datos económicos en extremo reveladores de la significación de la fortaleza de la relación en lo comercial e inversor, cabe añadir una relación política que se afianza gestionando con éxito los efectos y temores provocados por las alternancias en los respectivos gobiernos de la zona.

China ideó en los años noventa el establecimiento de relaciones estratégicas con algunos países de la comunidad internacional. En la concepción china, no se trata de construir una relación de fidelidad sino de establecer un marco de entendimiento preferente basado en la gestión de intereses económicos compartidos y que, por tanto, pudiera afectar tanto a países como a organizaciones internacionales.

Desde entonces, en los cinco continentes podemos encontrar relaciones de este tipo reconocidas oficialmente y con diferentes denominaciones que no siempre significan en términos reales contenidos muy distantes entre sí. En la práctica, lo que supone es un indicativo formal de la voluntad de las partes suscribientes de impulsar una vinculación creciente en el orden comercial e inversor en un marco cooperativo. No supone una alianza (en el sentido de entendimiento estratégico que contempla aspectos militares, de seguridad o políticos), sino una asociación constructiva y progresiva, pero quien la suscribe parece estar en mejores condiciones para activar su relación con el gigante oriental. También indica un cierto sentido de preferencia por parte de China en relación a los países elegidos, una preferencia que no necesariamente deviene de su significación como socio comercial. En suma, China parece querer primar en la relación con ciertos países una idea de asociación que aleje el temor de su identificación como amenaza. Los contenidos de esa relación, en el caso de los países en desarrollo de América Latina y el Caribe,

atienden a la complementariedad y a la cooperación Sur-Sur. ¿Pueden mutar esos acuerdos en alianzas de signo más tradicional? No es descartable. En un momento dado, algunas podrían transformarse en algo más profundo.

Medidas al detalle, las visitas de las más altas autoridades de China a la región se han convertido en un fenómeno corriente y en cada gira se avanzan nuevas propuestas que trazan nuevos contornos para las relaciones bilaterales. No toda la región tiene la misma importancia para China y ello se refleja en las dinámicas de uno y otro signo que sostiene con algunos países, pero se esfuerza por mostrar un trato formalmente equitativo y al margen de la significación empírica de tal o cual país en función de su tamaño, población o magnitud del PIB. Aun así, la realidad diferenciada de cada uno presupone ajustes inevitables en su enfoque. Desde otra perspectiva, China no supone lo mismo para cada uno de los países latinoamericanos; basta contemplar el valor de las respectivas balanzas comerciales. Esto influye a la hora de reflexionar a propósito del tipo de relación a establecer con Beijing.

China, por otra parte, ha mostrado que posee una estrategia de largo plazo bien definida de hacia dónde quiere llegar, así como de lo que espera de América Latina. Esta, sin embargo, no cuenta con una estrategia regional para enfrentarse al gigante asiático que le permita aprovechar sus beneficios y en no pocos casos carece incluso de una estrategia de país. Desde la perspectiva china se resalta que China y América Latina y el Caribe son “socios naturales”, una perspectiva que facilita el constante ascenso de los vínculos. El modelo de actuación de China en la región combina comercio, asistencia y cooperación, usa múltiples enfoques, busca mercados y recursos, asume riesgos. En suma, aporta energía motriz a los procesos de transformación de los países de la región.

Ese gran interés en profundizar los contactos con América Latina y Caribe ha cristalizado en dos documentos de política general ideados para la región (publicados en 2008 y 2016), concebidos a modo de hoja de ruta general para fomentar los lazos en lo político, económico, socio-cultural, educativo o tecnológico (ambos pueden consultarse íntegramente en la web del Observatorio de la Política China).

El documento de 2008 marcó el rumbo principal. En él, China partía de la premisa de que ambas partes se encontraban en un nivel de desarrollo similar y que su colaboración, dada la complementariedad existente, podría resultar en beneficio mutuo. La presencia en la región de numerosos líderes de izquierda en el poder facilitó la receptividad en un momento en que los deseos de ganar autonomía frente a otros actores tradicionales se conjugaba con la crisis financiera y la necesidad de buscar alternativas diversificadas en el exterior. China prometía un “trato entre iguales”, alejada de la relación asimétrica que siempre caracterizó el vínculo de EE. UU. y sus vecinos del hemisferio. En el documento de 2016 se desgrana un enriquecimiento de aquella estrategia, apuntando a un salto cualitativo que señala la disposición de China a participar de forma activa en la transformación de la región, sumando no solo oportunidades de desarrollo sino también sellando una alianza para catapultar su proyección política global.

Si China dispone de dos documentos de política para la región, desde esta nunca se ha dado una respuesta reflexionada y compartida al respecto (CEPAL, 2015). Ello es consecuencia de la fragmentación y de las diferentes perspectivas que abriga tanto en la visión política como de las propuestas de desarrollo, a menudo difíciles de consensuar. Configurar una base común para

dialogar con el resto del mundo es una tarea compleja y de ahí deviene la dificultad de disponer de visiones estratégicas compartidas en la región, ello a pesar de que, en efecto, los países de la zona se reúnen y adoptan acuerdos que después enfrentan el reto de su cumplimiento, a menudo vago.

China ha buscado tener un único interlocutor, la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), con la que celebró su primer foro bilateral en Beijing en 2015. El segundo tuvo lugar en 2018 en Santiago de Chile y el tercero tendrá lugar en 2021 en Beijing. En el foro de 2018, de los 33 países de la región, se ausentaron solo dos, que no tienen lazos diplomáticos con China. La conformación de la CELAC representó un avance cualitativo muy destacable pero no parece suficiente por el momento para instar dinámicas birregionales coherentes, ya que los países latinoamericanos tienen dificultades notables aún para establecer una agenda común y China tiene que superar cierta mirada homogénea de los países de la región que supedita a las especificidades particulares.

América Latina forma parte de los objetivos a futuro de China. Y China representa para la región una oportunidad para la mejora de la infraestructura, de la capacidad productiva, de la formación de cuadros técnicos, incluso del desarrollo de una economía más atenta al medio ambiente y que mejore la conectividad y la gobernanza, tópicos que se han incorporado con fuerza a la propia transformación que está experimentando el país oriental. Habida cuenta de que se ha convertido en un actor que ayuda a la mejora de la estabilidad en todos los órdenes, pese a la subsistencia de dudas y reservas, es prácticamente unánime en la región la percepción de que habría que tener muy poca visión de futuro para poner coto a las relaciones con China.

Ambas partes se encuentran en una fase de transformación clave y ese proceso sirve de argumento para trazar los ejes de una nueva etapa de interconexión y acoplamiento de las respectivas estrategias de desarrollo.

La economía es para China la punta de lanza de su estrategia exterior pero no todo es economía. La interdependencia es evidente y las relaciones de asociación que establece con algunos países suman activos para dar paso en un momento dado a la creación de un orden multipolar.

Algunos trazos del intercambio económico y comercial

En el área económica, los espectaculares avances que reflejan las estadísticas han sido posibles al ritmo conocido por la complementariedad general existente entre ambas partes. La región de América Latina y el Caribe en su conjunto cuenta con abundantes recursos naturales y China dispone de recursos financieros y desarrollo industrial y tecnológico. Esa ecuación de principio no ofrece duda respecto a la idoneidad para facilitar una primera y jugosa fase de intercambios.

En cualquier caso, la progresión ha sido asombrosa. En 1979, el volumen del comercio bilateral se situó en solo 1.260 millones de dólares. Entre 2000 y 2007, la suma pasó de 10.000 a 100.000 millones, y en 2011 llegó a 200.000 millones de dólares. El volumen del comercio entre ambos se multiplicó por 22 entre los años 2000 y 2014, creciendo a una tasa media anual del 27% mientras que en igual periodo el valor del comercio de la región con el mundo se multiplicó solo por tres, creciendo a una tasa media anual del 9% (Molina, Regalado y Rodríguez, 2016).

China es hoy el primer o segundo socio comercial de la mayoría de los países de América Latina y el Caribe. Pese a algunos altibajos motivados por la más reciente crisis financiera, la relación bilateral es estable. En 2017, el comercio bilateral sumó 257.800 millones de dólares, donde las exportaciones de China a América Latina fueron de 130,8 millones y las importaciones de China, 127.000 millones. El superávit comercial de China fue apenas de 4.000 millones, un saldo que fuentes estadounidenses elevan a 67 millones de dólares. El aumento interanual en dicho ejercicio fue del 18,8%.

China se ha consolidado como el segundo mayor socio comercial y el tercer mayor emisor de inversiones de América Latina. Más de 2.000 empresas chinas se han instalado en la región generando más de 1,8 millones de empleos locales. Según un despacho de la agencia *Xinhua* de 25 de diciembre de 2018, en los primeros nueve meses del ejercicio, el volumen de comercio entre China y América Latina había aumentado un 20% llegando a los 228.600 millones de dólares.

La región también ha ganado peso como socio comercial de China. En 2000, absorbía el 3% de las exportaciones totales de bienes de China y era el origen del 2% de sus importaciones, mientras que en 2013 su participación en ambos flujos ascendió al 6% y 7%, respectivamente. A pesar de esta evolución, si se compara con otras regiones, América Latina y el Caribe no figura entre los socios comerciales más relevantes para China. Aunque sí puede serlo en alguna dimensión específica: en torno al 13% del petróleo que importa China proviene de América Latina, y Venezuela y Brasil son los principales suministradores.

El comercio bilateral, espoleado por la gran demanda china de materias primas, disparó los precios, convirtiéndose en el principal factor de crecimiento para la región. A partir de 2014, la economía de los países en desarrollo se enfrió y el valor del intercambio de la región con China se redujo durante tres años consecutivos. En 2017 se volvió a expandir con un crecimiento significativo, acercándose al máximo histórico alcanzado en 2013.

Los países de América Latina y el Caribe son fuente de recursos naturales y *commodities* en el intercambio global. Toda la región de América Latina representa en torno al 6% del total del comercio mundial de mercancías. Las exportaciones chinas se concentran en Asia (50%), EE. UU. (20%) y Europa (19%). América Latina, África y Oceanía suman el 11%. En cuanto a las importaciones, el 57% corresponde a Asia, el 18% a Europa, el 10% a EE. UU., y el 15% a América Latina, África y Oceanía. El 68% de la inversión china se lleva a cabo en Asia, el 13% en EE. UU. y Europa, el 12% en América Latina, el 4% en África y el 3% en Oceanía (Toro Hardy, 2013).

Se estima que América Latina y el Caribe responden por una tercera parte de los alimentos que importa China. Entre 2008 y 2018, las exportaciones agroalimentarias aumentaron hasta representar el 13% desde el 5,6% del total inicial. El complejo sojero, la carne bovina y aviar, azúcar y frutas se llevan la palma. Y lo más probable es que esta tendencia se mantenga y refuerce. China debe alimentar al 22% de la población mundial con solo un 7% de tierra cultivable y el 6% de los recursos hídricos del mundo. Por su parte, América Latina y el Caribe abarca más de la cuarta parte de las tierras cultivables y una tercera parte de los recursos de agua dulce del mundo y tiene el mayor potencial para incorporar nuevas tierras a la producción agrícola. Superando a la Unión Europea (UE), en 2013, China se convirtió en líder absoluto de la compra de productos agropecuarios de Brasil al abrigo de una demanda propiciada por una revolución en los hábitos del consumo producto del aumento del nivel de vida, la expansión de la clase media y el cambio en el modelo de desarrollo.

En la región, la concentración de las ventas en bienes primarios se complementa con un número escaso de empresas que exportan a China en comparación con su participación en otros mercados, dos datos que evidencian la asimetría de las relaciones con un claro saldo a favor de China. Dicha dinámica ha derivado en alertas reiteradas sobre un hipotético efecto de reprimarización de las economías de la región y un riesgo de desindustrialización, acompañado de un escaso efecto multiplicador en el resto de la economía (Bolinaga y Slipak, 2015). La disimilitud es evidente. Es verdad que el tirón de China en el consumo mundial de algunos *commodities* ha deparado beneficios a muchos países de la región pero supone riesgos claros. El *dumping* social, por otra parte, se va corrigiendo a medida que el modelo de desarrollo chino se transforma a gran velocidad perdiendo con ello ventajas comparativas asociadas, por ejemplo, al bajo nivel salarial.

Se estima que en el próximo lustro, China importará bienes por valor de billones de dólares e invertirá 750.000 millones de dólares en el exterior, un maná al que también se aspira en América Latina y el Caribe, una circunstancia que gestionada sin perspectiva podría conducir a una exacerbación de los riesgos señalados.

El intercambio comercial con China ha sido globalmente deficitario para la región. Según datos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL, 2018), el 10% de las exportaciones de bienes de la región en 2017 tuvo como destino a China, de donde procedió el 18% de las importaciones. El Caribe, Centroamérica y, sobre todo, México presentan un abultado déficit comercial con China, mientras que América del Sur tiene un saldo prácticamente equilibrado. Los únicos países que presentan superávit comercial con China son Brasil, Chile, Venezuela y Perú, gracias a la exportación de materias primas que suponen en el conjunto de la región la cuarta parte de las importaciones agropecuarias chinas. No obstante, según las aduanas chinas, en 2018 el volumen del comercio bilateral entre China y América Latina ascendió a un récord de 307.400 millones de dólares, con un aumento del 18,9% con respecto al año anterior. El valor de las exportaciones de China a América Latina fue de 148.790 millones de dólares, mientras que las importaciones se situaron en 158.610 millones de dólares, con unos incrementos del 13,7% y el 24,1%.

La estructura comercial entre ambas partes se ha venido optimizando. En China entran ya crecientes cantidades de bienes latinoamericanos, desde aviones regionales a productos farmacéuticos, vinos y otros artículos agropecuarios. La CEPAL ha significado la importancia de la cooperación de la región con China para modificar la estructura productiva. Para Alicia Bárcena (*Xinhua*, 17/12/2018), la renovación industrial de América Latina es un gran desafío. Otro reto es la diversificación de las exportaciones a China, logrando aportarles más valor agregado a los productos primarios a través de la creación de plataformas industriales.

Chile fue el primer país de la región en firmar un Tratado de Libre Comercio (TLC) con China. Desde que el acuerdo entró en vigor en 2006, el nivel de cooperación económica se ha elevado sin cesar, señalando un camino que otros intentan imitar. Desde 2012, China ha sido el mayor socio comercial, destino de exportaciones y fuente de importaciones del país austral, y el comercio bilateral alcanzó en 2017 los 35.450 millones de dólares, casi cinco veces el monto de 2005. Ambos lados firmaron en noviembre de 2017 una actualización del TLC que prevé que el 98% de las mercancías disfrutarán de cero aranceles. En 2009, Beijing firmó un TLC con Perú y en 2010 otro más, esta vez con Costa Rica. Las negociaciones para la firma de un TLC bilateral

con Panamá se iniciaron en 2018 mientras en la agenda figuran también Colombia y el Mercado Común del Sur (Mercosur) como próximos objetivos.

El establecimiento de vínculos a cada paso más intensos entre América Latina y el Caribe y China es un dato globalmente positivo por cuanto le asocia con la economía más dinámica del mundo, su motor principal hoy día. El reto consiste en alterar la dinámica vigente hasta ahora para diversificar la base productiva exportadora, trascender el modelo extractivista y primario y sentar las bases para alianzas productivas con mayor valor añadido, dentro de la lógica tantas veces alardeada por China del *win-win*. Pese a las asimetrías evidentes, existen condiciones objetivas para que la relación estratégica se refuerce ganando en calidad. La complementariedad (América Latina puede ser el proveedor de muchas necesidades que China debe satisfacer) es solo el punto de partida. El temor a generar una dependencia enfermiza, pendiente de las necesidades chinas o de los precios de las materias primas, obliga a la región a apostar por la configuración de un modelo integral que no repita las relaciones propias del siglo XIX con otras potencias del momento. China, a pesar de todo un país en vías de desarrollo que necesita consolidar nuevos mercados para sus productos, no es enemiga de estos planteamientos y ambas deben innovar en la cooperación y en la integración para conjugar los intereses económicos de las dos partes. De esta forma, el diálogo que pueda conjurar estos temores podría desalentar cualquier proceso de desindustrialización.

Las inversiones chinas en América Latina

A pesar de que en 2016 la Inversión Extranjera Directa (IED) en América Latina cayó sensiblemente, ese año China se convirtió en el segundo mayor país inversionista, después de EE. UU., y en 2017 ya aportaba alrededor del 15% de la IED total. En 2017, el *stock* de inversiones chinas directas en la región superaba los 200.000 millones de dólares. En 2010, sus inversiones sumaban apenas 31.720 millones de dólares (Molina, Regalado y Rodríguez, 2016).

Los préstamos concedidos por China a América Latina y el Caribe durante el periodo 2005-2017 conjugan una tendencia ascendente con síntomas de un descenso paulatino que puede estar relacionado con la agudización de alguna crisis política (Venezuela), como también con las propias dificultades de la economía china, inmersa en una delicada transformación y con la guerra arancelaria con EE. UU. pisándole los talones.

A título de cautela, cabe tener siempre presente que la información puesta a disposición por los bancos chinos no es todo lo detallada que sería deseable. El conocimiento de los datos no siempre es fácil, entre otros, porque hay una práctica común entre las empresas chinas que consiste en llegar a un país utilizando un tercero como puede ser un paraíso fiscal, especialmente las Islas Vírgenes o las Islas Caimán.

Se estima que el volumen de los compromisos de préstamos a los gobiernos de la región en el periodo 2005-2016 asciende a un total superior a los 141.000 millones de dólares, según fuentes de la CEPAL (2018). El Banco de Desarrollo y el Banco de Exportaciones e Importaciones de China son las instituciones estatales que en mayor medida articulan estos préstamos, correspondiendo al primero en torno al 80% del total.

Los principales países de la región receptores de este financiamiento cuentan con importantes yacimientos de hidrocarburos, lo cual facilitó la posibilidad de considerar su devolución a cuenta del suministro de productos petroleros como contrapartida de las operaciones. En el periodo citado, la mayoría de los montos (93%) se otorgaron a Venezuela (44%), Brasil (26%), Ecuador (12%) y Argentina (11%) (CEPAL). Desde 2005, Argentina, Brasil y Perú concentran más del 80% de la inversión china centrada en la energía y minería.

Entre 2014 y 2015 se implementaron tres fondos de inversión regionales que cuentan ya con alguna actividad operativa: un fondo para la cooperación industrial de China y América Latina y el Caribe, de 20.000 millones de dólares, administrado por el Banco de Desarrollo de China; un programa especial de préstamos para proyectos de infraestructura de China y América Latina y el Caribe, de 10.000 millones de dólares, administrado por el mismo banco, y un fondo de cooperación China-América Latina y el Caribe, de entre 10.000 y 15.000 millones de dólares, gestionado por el Banco de Exportaciones e Importaciones de China.

Como se ha destacado, la mayor parte de las inversiones chinas se ha orientado al sector energético y minero, de acuerdo con Aguilar y Santana (RIAL, 2018). En el minero, según el estudio “Chinese Mining Activity in Latin America: A Review of Recent Findings” (Koch-Weser, 2014), se han privilegiado los productores tradicionales de la región. Chile, Ecuador, México y Perú se han consolidado como los principales receptores de este tipo de inversión. Del total, un 56% se ha centrado en la explotación del cobre.

En América Latina son unas 40 las concesiones mineras que se han otorgado a empresas chinas, siendo Perú quien reúne a las más importantes. Hasta el año 2015, en este país, el 34% de los proyectos mineros pertenecía a empresas de capitales chinos, mientras que un 17% correspondía a empresas de EE. UU. y un 14,8% a Canadá (RIAL, 2018). Las cuatro grandes corporaciones mineras chinas que operan en Perú son *Minmetals*, *Chinalco*, *Shougang* y *Zijing Mining Group*. El proyecto más destacado de la inversión china en este campo es la mina de hierro Marcona.

En el sector energético, la inversión china ha priorizado la compra y fusión de empresas relacionadas con la energía eléctrica. Es el caso de Brasil. En 2010, *State Grid Corporation of China* adquirió siete compañías de transmisión de energía: *Itumbiara*, *Catxerê*, *Espansion*, *Serra da Mesa*, *Itatim*, *Porto Primavera* y *Araraquara*. Después invirtió en la compra de 12 líneas de transmisión, estandarizando en un mismo servicio la distribución energética y suministrando a la industria de nuevas tecnologías. Por su parte, la *Three Gorges Corporation* compró una franquicia por 30 años de dos grandes plantas hidroeléctricas por valor de 3.700 millones de dólares.

Argentina es también un caso a destacar. *China National Nuclear Corporation* se plantea duplicar la importancia de la energía nuclear del país en los próximos años con la construcción de dos nuevas centrales nucleares, que podrían implementarse si se salvan los escollos de una negociación que está resultando más compleja de lo inicialmente esperado. Igualmente, *China National Offshore Oil Corporation* tiene en su punto de mira inversiones en varias cuencas de hidrocarburo en Argentina, una de ellas en Vaca Muerta.

Otro tanto habría que decir en materia de energías renovables. *Sky Solar* desarrolla proyectos en Argentina y Uruguay. *China Energy Engineering Group Co.* desarrolla proyectos en Argentina,

Ecuador y Venezuela. Otras empresas chinas tienen en marcha proyectos energéticos en Ecuador, Perú, Chile, Costa Rica o México.

China también ha venido explorando otras líneas de negocio, expandiéndose con fuerza en áreas como la logística y el transporte. *China Railway Construction Corporation*, por ejemplo, impulsa proyectos emblemáticos como la conexión del estado de Tocantins con Bahía, en Brasil, lo cual permitirá asegurar la logística de la soya desde el interior del país hasta el puerto de Bahía. Y tiene igualmente en perspectiva la construcción de otra línea hacia Perú para conectar con el puerto del Callao. El ferrocarril que conectará Durazno con Montevideo, o Buenos Aires con Mendoza, son proyectos que despiertan el interés de las empresas chinas.

El desfase en materia de desarrollo tecnológico y también en el orden de las infraestructuras complica y dificulta el pleno desarrollo y la competitividad de la región. Muchas de las grandes ciudades latinoamericanas requieren inversiones en puertos, aeropuertos, carreteras, ferrocarriles, etc., incrementando la cantidad y calidad para satisfacer la demanda social y responder adecuadamente a los retos derivados de la migración campo-ciudad y procurar la exigible cohesión territorial y social.

Las empresas chinas, por su parte, han sido muy diligentes en la construcción de carreteras y en la negociación de inversiones portuarias, que van desde operaciones de dragado y expansión hasta la construcción de puertos completos o la ampliación de algunos ya existentes. También han adquirido instalaciones para su explotación.

Desde 2002, China ha expresado interés en participar en unos 150 proyectos de infraestructura en América Latina y el Caribe (Gallagher y Myers, 2017). En 2018, en torno a la mitad de estos proyectos se habían iniciado; los restantes están siendo objeto de estudio o se han retrasado o cancelado y alguno no ha pasado de su fase conceptual, como el ferrocarril bioceánico.

Entre los países que han merecido especial atención en el ámbito de las infraestructuras, cabe destacar a Bolivia donde desde 2013 ejecuta más de 20 proyectos en carreteras y puentes, además de la construcción de la represa hidroeléctrica del país. También Jamaica, en el Caribe, es un país que ha despertado el interés de China en el ámbito del transporte. *China Harbour Engineering Co.* es la empresa de infraestructura china más activa en la región, participando en numerosos proyectos en Panamá, México o Las Bahamas.

De la construcción del cuarto puente sobre el Canal de Panamá a la ampliación de la Ruta 32 en Costa Rica, de la renovación de la línea ferroviaria Belgrano Cargas de Argentina al proyecto de la línea de transmisión de ultra alta tensión para la central hidroeléctrica de Belo Monte en Brasil, las empresas chinas exhiben un dinamismo y ambición sin parangón.

Según fuentes del Ministerio de Comercio de China y de *China Global Investment Tracker*, hasta mediados de 2016 China había ejecutado un total de 2.133 proyectos de infraestructura en todo el mundo, de los cuales 48 en el periodo 2015-2016 se habían llevado a cabo en América Latina y el Caribe. En términos de millones de dólares de inversión, esta región se posicionaba como segundo destino de inversión, por detrás de Asia. Entre 2003 y 2017, China habría invertido 110.000 millones de dólares en proyectos de infraestructura en América Latina y el Caribe.

Si todas las inversiones previstas se realizan y la misma dinámica se mantiene por un cierto tiempo, China se asegura una posición de primer nivel en la implementación de iniciativas de gran alcance que podrían trastocar en positivo importantes áreas económicas de la región. Aunque la concentración en industrias y sectores tradicionales es una nota característica de las inversiones chinas, la diversificación y la búsqueda de una mayor homogeneidad podrían ganar significación en los próximos lustros.

Los préstamos chinos constituyen una fuente de capitales de gran valor para todos los países, especialmente para aquellos con baja calificación crediticia, pero su valoración es objeto de controversia. Ciertamente están exentos de condiciones políticas y, a diferencia de los auspiciados por el Banco Mundial (BM) o el Fondo Monetario Internacional (FMI), no obligan a aplicar programas de ajuste o medidas de austeridad. Son por un monto importante y menos oneroso, de largo plazo y con una tramitación ágil. Pero hasta ahora han beneficiado preferentemente a la minería y a la energía, actividades que causan daños ambientales o imponen otras condiciones asociadas a la compra de equipos o la contratación de empresas y trabajadores chinos. En ocasiones, cuando se hace depender su liquidación del suministro de productos básicos (petróleo, especialmente), puede originarse una dependencia de productos cuyos precios son volátiles (Gallagher y Myers, 2017).

Un caso particular es el de Venezuela. China cesó abruptamente la política de concesión de préstamos al país andino tanto por la preocupación por la sostenibilidad de sus inversiones como por la capacidad del gobierno de Nicolás Maduro de devolver lo prestado. Los suministros de petróleo por parte de la estatal Petróleos de Venezuela S.A. (PDVSA) al país asiático han decrecido: si en 2014 se despacharon barriles de crudo por valor de 14.371 millones de dólares, en 2016 la cifra cayó hasta los 5.803 millones, según datos de la propia empresa. China acostumbra a mostrarse flexible con el gobierno bolivariano pero su posición parece evolucionar hacia un esperar y ver cómo deriva la frágil situación del país. En 2016 concedió a Caracas un periodo de gracia de dos años para la devolución del principal de una deuda que asciende a casi 20.000 millones de dólares. En el último viaje de Maduro a China, en septiembre de 2018, Beijing otorgó un nuevo préstamo y comprometió más inversiones en los yacimientos del Orinoco y de Ayacucho, donde la estatal CNPC ha realizado importantes desembolsos.

La caída experimentada en las transacciones con Venezuela influyó en la reducción sustancial de créditos otorgados a la región en 2017. Brasil y Argentina recibieron en dicho ejercicio el 91% del total de los 9.000 millones prestados.

Por lo que respecta a la Ayuda al Desarrollo, se trata de un concepto en el cual es difícil establecer comparativas habida cuenta de que China no comparte la concepción de la ayuda fijada en los criterios del Comité de Ayuda al Desarrollo (CAD), lo que dificulta cualquier cuantificación (en 2011 y 2014 publicó libros blancos sobre su ayuda exterior). Someramente, cabe reseñar en cualquier caso que Cuba es el país más beneficiado, especialmente bajo la forma de condonación de deuda (Hernández, 2018).

Finalmente, las inversiones latinoamericanas en China también han crecido, aunque siguen siendo muy limitadas. Entre 2002 y 2011 solo representaron el 0,25% del total de la IED originada en los países de la región y el 0,3% de la IED total que recibió China en 2012 y 2013 (CEPAL, 2015). Esta situación cabe relacionarla con el hecho de que las más importantes inversoras de

América Latina y el Caribe en el exterior se concentran en los sectores extractivos y de manufactura, sectores que encuentran dificultades en China.

China y el marco institucional regional

La estabilidad institucional es una condición básica para que los proyectos más ambiciosos de China puedan implementarse sin contratiempos. En ese sentido, la región vive un momento de reconfiguración y desarticulación de algunos de los proyectos creados al amparo de la preeminencia de las fuerzas de centroizquierda en algunos países de la zona. Es el caso de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), por ejemplo, o de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), o incluso, en otra dimensión, del Mercosur, todos ellos encarando perspectivas de difícil encaje en las coordenadas actuales. El caso más emblemático es el de UNASUR, una iniciativa de los presidentes Lula y Chávez. Seis de sus miembros (Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Paraguay y Perú) suspendieron de manera indefinida su participación y hoy forman parte del Grupo de Lima, compuesto por Canadá y otros 13 países latinoamericanos, incluido México, fundado para buscar una salida democrática a la crisis venezolana. Solo la Alianza del Pacífico, con Chile, Colombia, México y Perú como países fundadores y con otros cuatro países en proceso de incorporación (Costa Rica, Ecuador, Guatemala y Panamá), parece gozar de mejor salud.

La estrategia china enfoca la relación con la región siguiendo muy de cerca la evolución de los marcos institucionales regionales y subregionales, si bien destacando la preferencia por la dimensión bilateral que considera como más sólida y mejor gestionable en atención a sus propios intereses. No obstante, su papel ha sido fundamental en la formalización de la CELAC, la primera organización panamericana en la que no participan ni EE. UU. ni Canadá.

En la primera reunión ministerial del Foro China-CELAC celebrada en enero de 2015 en Beijing, se aprobó un Plan Conjunto de Cooperación para el periodo 2014-2019, que responde al concepto 1+3+6 (RIAL, 2018). Uno, significa la planificación de la cooperación China-América Latina y el Caribe 2015-2019; tres, se refiere a los tres motores, es decir, comercio, inversión y finanzas; y seis, se refiere a las áreas de energía y recursos, infraestructura, cultura, industria manufacturera, innovación científica y tecnológica y tecnología informática. En la segunda reunión ministerial de enero de 2018, celebrada en Santiago de Chile, el protagonismo se reservó a la Iniciativa de la Franja y la Ruta y su alcance en la región.

La CELAC debe enfrentar en los próximos años el reto de consolidarse como una instancia clave de diálogo, una plataforma intergubernamental capaz de trazar el marco general integrador de los proyectos de infraestructura y conectividad que China pudiera apadrinar (corredores bioceánicos, canal interoceánico, megapuertos, cableado de fibra óptica, etc.).

En el marco estrictamente bilateral, China tiene enfrente una secuencia de Estados usufructuados por élites a quienes intenta atraer, encontrando no siempre la receptividad anhelada. La inestabilidad que acompaña a muchas de estas realidades, caracterizadas por una desigualdad rampante que en no pocas ocasiones provoca alternancias abruptas en el sistema político, representa un obstáculo para la continuidad de los proyectos chinos. Así, los cambios de gobierno pudieran derivar en cambios de política con afectación de los proyectos y estrategias pactadas

con anterioridad, lo cual entraña riesgos de extrema fragilidad que China no puede soslayar. Cabe tener presente que entre 1989 y 2016 se produjeron 19 interrupciones del proceso político en los países de la región.

Ante las expectativas de cambio en los ciclos políticos y a modo de prevención de sus efectos, China se afana por desideologizar sus relaciones, establecer el pragmatismo como norma básica de actuación, promover el avance paulatino de conceptos como la “comunidad de destino compartido” (Oviedo, 2018a) y asentar una cultura política en la relación bilateral que asegure la primacía de los intereses de largo plazo al margen de los vaivenes de la coyunturas concretas.

El auge de las relaciones de América Latina y el Caribe con China sugiere profundas modificaciones en la inserción internacional de la región, ya que implica giros o reposicionamientos de la política exterior de todos los actores involucrados en este nuevo tablero estratégico que debe incorporar un factor de notable relevancia y hasta hace poco inexistente: el dinamismo global de China. Cabe señalar que la magnitud de los vínculos desarrollados de todo tipo, más tarde o más temprano, podrán derivar en alteraciones significativas en los equilibrios de poder en función de la evolución también de las dinámicas regionales y globales.

China quiere con América Latina una agenda bilateral, plurinacional, regional y hasta subregional llegado el caso. Como en otros tantos aspectos de su cultura, dichas dimensiones no se oponen sino que se complementan y refuerzan, aunque puedan incorporar asimismo contradicciones. Este enfoque, para buena parte de los países de la región no es un obstáculo ya que uno a uno, en muchos casos, su escala los hace casi irrelevantes.

Otros ámbitos de la relación

En el plano militar, si bien la presencia de EE. UU. en la región no tiene parangón, China avanza lentamente aunque las informaciones al respecto a menudo pecan de sobremagnificación.

En octubre de 2015, el Ministerio de Defensa recibió en Beijing a funcionarios de 11 países latinoamericanos en un foro sobre logística militar (Ellis, 2014). Además del intercambio de ideas, los lazos del Ejército Popular de Liberación (EPL) con los ejércitos de América Latina incluyen la donación de equipamientos, la formación y capacitación, etc., e integra a los socios más cercanos de Washington en la región, como Colombia. China también organizó misiones navales en la costa brasileña en 2013 y en la chilena en 2014 e igualmente lleva a cabo ejercicios de entrenamiento en la zona.

El número de oficiales de los ejércitos latinoamericanos de distintos niveles que se invita a China para completar su formación militar es cada vez mayor. De este modo, China va sentando las bases para aumentar sus ventas de equipo militar, que han gozado de cierto importe en países como Venezuela y Bolivia, aunque menor en otros supuestos. La posibilidad de operar bases en la región, una circunstancia que es cíclicamente objeto de especulaciones, no está en agenda.

Un hecho sobresaliente es la presencia china en la Patagonia argentina con una estación de control para satélites y misiones espaciales (Ríos, 2016). Este dispositivo del EPL inició sus operaciones en marzo de 2018. Se trata de una instalación que permite rastrear satélites y desempeñó un im-

portante papel en el lanzamiento de un vehículo de exploración al lado más lejano de la Luna, todo un hito en la exploración espacial que traza el camino para la extracción de helio-3, un isótopo que algunos científicos consideran una fuente potencial y revolucionaria de energía limpia.

La instalación de esta base también se asocia con el interés de China en recabar información en el hemisferio, según denuncian fuentes de EE. UU., y simbolizaría tanto el poderío creciente del gigante asiático en América Latina como una manifestación más de la consiguiente atracción de la región a la órbita de China (Ellis, 2014). Pocas semanas después de iniciar operaciones la estación china, EE. UU. anunció la financiación de un centro de respuesta de emergencias en Neuquén, la misma provincia donde se encuentra la base china. Es el primer proyecto estadounidense de este tipo en toda Argentina.

La base de Neuquén es para muchos el símbolo más impactante de la estrategia de China en la región, de una parte, para transformar eficaz y paulatinamente su relación en un sentido que le beneficie; de otra, para socavar el poder económico, político y estratégico de EE. UU. en la zona. Fue otorgada a las autoridades chinas por 50 años y sin pagar alquiler, cabe imaginar que como contraprestación a la implicación de China en la estabilización del peso argentino en 2009 y a las fuertes inversiones prometidas en el sistema ferroviario, cuyos extremos se firmaron en 2012. A finales de 2015, Argentina logró reabrir la negociación con China a propósito de la base y esta accedió a reafirmar que solo se usará para fines civiles, nunca militares, un detalle que no figuraba expresamente recogido en el primer documento suscrito.

La insistencia de EE. UU. en atribuirle fines militares y estratégicos pone de manifiesto que la estación forma parte del nuevo escenario de competencia con Washington. Su posicionamiento geográfico de cara al Atlántico y frente a la Antártida, continente en el que China tiene la base científica más grande del mundo, resalta el gran valor de una zona con abundancia de recursos naturales, más allá de los hidrocarburos y la minería.

En un orden complementario, la cooperación científica y tecnológica es un ámbito que sin duda debe incorporarse con mayor ímpetu a los contenidos de la relación bilateral (RIAL, 2018). Sabido es que la I+D está muy retrasada en el continente en relación a la media mundial y no digamos ya en relación a los países que lideran la innovación. La alternativa podría estar en China, con quien América Latina podría establecer una alianza que permita quebrar esta inercia. De los tres países asiáticos con mayor capacidad al respecto (Corea del Sur, Japón y China) solo este último cuenta con el nivel adecuado de presencia en la región para facilitar su incorporación progresiva a estas dinámicas. Ni EE. UU. ni la UE han demostrado en el pasado una empatía destacable a este respecto, una circunstancia que China podría rentabilizar en términos de imagen en la región implicándose en iniciativas de superior escala.

Por otra parte, China y América Latina y el Caribe también han adquirido una rica experiencia en la implementación de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), muy especialmente en el ámbito de la lucha por la erradicación de la pobreza extrema y el hambre (ODM1), el logro de una enseñanza primaria universal (ODM2) y la reducción de la mortalidad infantil (ODM4). La experiencia en la lucha contra la pobreza del país asiático (avalada por los 740 millones de personas que salieron de la pobreza extrema y un ingreso disponible per cápita que creció un 22,8% entre 1978 y 2018) puede representar un activo de gran valor para implementar proyectos que abunden en la superación de tan grave tara en la región.

Otro aspecto de interés es el proceso de urbanización. Desde 1978, China ha incrementado un 40,6% su población urbana, situándose actualmente en el 58,52%. Dicha evolución incorpora numerosas experiencias que podrían ser de utilidad para llevarla a cabo en América Latina con planificación y orden tanto en las grandes ciudades como en los poblados.

En el orden cultural, el mascarón de proa de la estrategia china se centra en la promoción de los Institutos Confucio, una marca creada en 2004 para fomentar el conocimiento de la lengua y la cultura china que es objeto de supervisión por el Ministerio de Educación (Cornejo, 2018). En la región su presencia ha crecido pero aún es modesta: se cuentan 31 institutos (en 13 países) de los 161 existentes en el continente americano. Asimismo, en China hay apenas tres correspondientes de la región acreditados (*Prensa Latina*, *Tele Sur* y *El Mercurio* de Colombia). La información publicada proviene en su mayoría de los flujos de los grandes medios de noticias a nivel global. Por su parte, la agencia oficial *Xinhua* ha establecido 21 oficinas en 19 países de América Latina y el Caribe y podría contar con unos 200 medios suscritos a su servicio informativo.

La Iniciativa de la Franja y la Ruta: proyecciones en América Latina

La Iniciativa de la Franja y la Ruta (IFR) es una propuesta china de conectividad euroasiática anunciada en 2013 por el presidente Xi Jinping. Comprende la Franja Económica de la Ruta de la Seda, propuesta ese año en su discurso en Kazajstán, y la Ruta Marítima de la Seda del siglo XXI, planteada en Indonesia al mes siguiente. La Franja, como vía de comunicación terrestre, une a China con Europa a través de Asia central y occidental; y también conecta a China con el Sudeste Asiático, el sur de Asia y el océano Índico. Inicialmente, por tanto, fue pensada para conectar Asia con Europa y África, de forma que la región de América Latina y el Caribe quedaba alejada geográficamente del epicentro del proyecto (Oviedo, 2018b). Incorporarla como “extensión natural” de la IFR implica expandir la iniciativa hacia el continente americano.

En cualquier caso, ya sea considerada una estrategia para afianzar la presencia global de China o una iniciativa de alcance más limitado y con otros ímpetus de similar enjundia, incluso admitiendo la importancia de la dimensión interna para proporcionar una orientación exterior a los excesos de capacidad industrial, su potencial transformador, teniendo en cuenta el número de países involucrados y las proyecciones de inversión anunciadas, es incontestable.

La CEPAL (2018), tomando buena nota de que su primer propósito consiste en coordinar y armonizar estrategias de desarrollo, asocia esta IFR con los objetivos de modernización de la región. Hasta el momento, un total de 16 países han suscrito con China el memorando de entendimiento para la cooperación en el marco de la propuesta, incluyendo a Argentina, Chile, Costa Rica, Trinidad y Tobago y Uruguay, entre otros; en suma, casi la mitad de los países de la región. Curiosamente, fue Panamá, al poco de establecer relaciones diplomáticas con China, el primer país de la zona en firmar el memorando en noviembre de 2017. Hoy, la IFR representa la principal herramienta estratégica de China para lograr un posicionamiento de mayor proyección en la región y el instrumento clave para mejorar su actual y avanzado estatus.

En el primer foro internacional de puesta de largo de la IFR celebrado en Beijing en mayo de 2016 participaron los presidentes de Chile y Argentina, además de altos funcionarios ministe-

riales de Brasil, México y Perú. Todos ellos forman parte del primer grupo de países que manifestaron abiertamente su interés en participar en la IFR, destacando la oportunidad que para la región puede suponer el posicionarse como plataforma de alimentos y minerales para el conjunto de países que abarca la iniciativa.

En el II Foro Ministerial CELAC-China (Santiago de Chile, 2018), se aprobó una Declaración Especial sobre la IFR, lo cual se interpretó como un fuerte respaldo a la promoción de esta propuesta. En el encuentro se asumió la afirmación de que los países de América Latina y el Caribe forman parte de la “extensión natural” de la Ruta Marítima de la Seda. En sentido estricto, esta ruta alude a la Ruta de las Especias, como se conocía antiguamente, que unía los puertos de China con Asia, la costa este de África y el Mediterráneo: ahí finalizaba. Los vínculos entre China y América Latina se desarrollaron bajo la tutela e intereses coloniales de España y Portugal. Tras las guerras del Opio, el Galeón de Manila enlazaba indirectamente a China y América Latina dando paso al tráfico de *colliers* entre ambos, a manos de portugueses e ingleses (Oviedo, 2018b).

La inclusión de América Latina como parte de la IFR arranca en 2015, cuando el presidente Xi Jinping evoca la conveniencia de incorporarla al proyecto, ganando con ello en profundidad estratégica y global. La propuesta de Xi, al igual que en otras áreas geopolíticas, sugiere la puesta en común de las estrategias de desarrollo, aunque del lado latinoamericano no siempre estas son del todo claras. La Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Sudamericana podría tener un acomodo idóneo con la IFR.

A día de hoy, las estrategias compartidas entre latinoamericanos y chinos en el marco de la IFR aún son difusas, según Reyes Matta (RIAL, 2018). China ansía que su propuesta forme parte de la agenda y del futuro de la región. Se diría que representa el contenido mayor de su otra propuesta de creación de una “comunidad de destino compartido” que puede sustentarse en la gestión de principios e intereses comunes como los derivados del compromiso mutuo con el multilateralismo, la defensa del libre comercio, del ambiente (en torno a los Acuerdos de París) o los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) de la Agenda 2030.

La IFR contribuye a institucionalizar y contextualizar un proceder que China ha implementado en la región, ofreciéndole un marco a otra escala. Se ha convertido así en un nuevo concepto de la asociación de cooperación integral sino-latinoamericana que parte de la convicción compartida de la complementariedad, la demanda de una gobernanza global justa e inclusiva así como una firme apuesta por el desarrollo autóctono.

El eco de la iniciativa guarda estrecha relación con la promoción de las infraestructuras de la región. En América Latina y el Caribe persisten brechas de infraestructura que la alejan de las posibilidades de un desarrollo económico similar al de las zonas más avanzadas del planeta. Las necesidades en materia de transporte, energía, comunicaciones, etc., son moneda común y son también los ejes principales de la IFR. Hay muchas esperanzas de que la inversión china permita atender algunas de las necesidades más apremiantes en esta materia. El compromiso de China con la construcción de obra pública en la región también se ve facilitado por el escándalo de Odebrecht, que ya vendió a empresas chinas algunas propias como la represa hidroeléctrica de Chaglla o su participación mayoritaria en el aeropuerto de Río de Janeiro. Las acusaciones locales de corrupción han abierto más posibilidades a los contratistas chinos.

Aunque la nueva inversión china en este rubro dependerá de muchos factores, entre ellos la propia evolución económica y política de la región, y de las reformas internas en China, todo apunta no obstante a que, en un horizonte de corto plazo, las inversiones ligadas al proyecto se mantendrán con un alto nivel de implicación y materialización. Indudablemente, en la región también se piensa en China como un aliado conveniente para resolver otros problemas endémicos, como el bajo nivel de la logística o los muchos déficits asociados que dificultan la realización de un comercio ágil (automatización, normalización, simplificación, homogeneización). Aun así, conviene tener presente que el periodo actual de la economía china sugiere ser prudentes respecto al ritmo de la inversión y de asunción de compromisos de inversión exterior. Quizá tampoco lleve aparejado en igual medida el efecto arrastre de su crecimiento, probablemente menor respecto a las economías latinoamericanas, más receptivas en la década de 2010 a las demandas chinas.

La posibilidad de ensamblar el proyecto de la IFR con la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana (IIRSA) es factible en tanto ambas partes sean capaces de establecer una agenda compartida de prioridades. Como es sabido, la IIRSA es una iniciativa multinacional que involucra por primera vez a los 12 países de América del Sur y que, entre otros, propone 12 Ejes de Integración y Desarrollo, en los cuales la infraestructura forma parte de un conjunto de acciones en el territorio que relaciona la inversión física con la dimensión social y ambiental del desarrollo. En dicho marco, los corredores bioceánicos ofrecen una oportunidad para el impulso económico y social de los territorios que vinculan y para los países comprometidos con el proyecto. Tienen como objetivo la consolidación de rutas terrestres conectoras con las costas de los océanos Pacífico y Atlántico de los países del subcontinente. Abarca, pues, sin olvidar otros problemas complementarios (como las implicaciones ambientales), la interconexión de los sistemas nacionales de infraestructura formando verdaderas redes regionales, lo que puede inducir a la cooperación y facilitar un mayor desarrollo y crecimiento. Supone una reestructuración del continente sudamericano que avanza lentamente. El Banco de Desarrollo chino figura entre las entidades financiadoras.

Las críticas sistemáticas que han motivado el impulso chino a su presencia en la región a través de la IFR obedecen en ocasiones a la inquietud estratégica por su influencia creciente. Pero no puede decirse que todos los proyectos sean nefastos, pues aportan flujos financieros y comerciales que contribuyen a dinamizar las economías locales. Y pueden tener un efecto altamente benéfico si se planifica con acierto y se atienden los riesgos. La propia China reconoce la importancia de este aspecto al ordenar a sus entidades financieras trabajar codo a codo con el BM para verificar la fiabilidad de las iniciativas, lo que ha derivado en una significativa reducción de los contratos firmados en 2018. A Beijing también le preocupa la eficiencia de sus inversiones.

Una pieza estratégica de la prospección del proyecto para la región es Panamá, que se sumó formalmente a la IFR sellando una alianza estratégica que no solo anudará más intensamente los vínculos bilaterales (con la negociación de un TLC), sino que reforzará su condición de *hub* clave para las relaciones de China con América Latina, con inversiones en infraestructuras. China es actualmente el segundo usuario del Canal de Panamá y el principal proveedor de la Zona Libre de Colón, primer centro de distribución del continente americano.

Son de igual importancia los puertos de Callao, en Perú, y el megapuerto que China tiene planeado en la costa norte del país, como terminal del corredor bioceánico que debe cruzar desde

Porto Alegre hasta la costa chilena. En la costa del Atlántico, *China Merchants Port* compró en septiembre de 2017 el 90% de la brasileña *TCP Participações*, que administra el puerto de Paranaguá, el segundo mayor del país, ubicado en el estado de Paraná (sur). Se trata de un puerto estratégico y bien localizado que ayudará a China a incrementar su influencia económica.

En el ámbito de las conexiones aéreas, México es el país mejor dotado, seguido de Brasil, Cuba y Panamá. Hasta comienzos de 2018, tres líneas aéreas chinas gestionaban esta relación: *Air China*, *China Southern Airlines* y *Hainan Airlines*. Desde América Latina, la única experiencia es la de Aeroméxico con vuelos regulares entre la capital mexicana y Shanghai. Desde América del Sur hay avanzados varios estudios de factibilidad para poner en funcionamiento otras conexiones.

En el orden digital, China podría participar en la colocación de un cable submarino de fibra óptica de alta velocidad que conectaría directamente al país con América Latina. *Huawei* lo tiene en estudio.

El reforzamiento general de los vínculos que conectan a China con América Latina no hará sino realzar su capacidad de actuación en la región. Para los países latinoamericanos el principal reto consiste en identificar sus propias prioridades y lograr su inclusión en una agenda que debe definirse atendiendo a los intereses comunes. Las habilidades y los ritmos son importantes en este aspecto. A pesar del entusiasmo inicial suscitado por la creación del Banco Asiático de Inversión en Infraestructuras, el principal instrumento financiero asociado a la IFR, ninguno de los siete países de América Latina (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, Perú y Venezuela) que manifestaron formalmente su interés en ser miembro del mismo han completado el proceso a día de hoy.

A vueltas con el problema de Taiwán

Solo 17 Estados en el mundo reconocen la existencia de la República de China (o Taiwán) como Estado soberano: fuera del Vaticano y Suazilandia, todos se corresponden con islas del Pacífico y el Mar Caribe o países de América Latina. Con nueve Estados que la reconocen, América Latina y el Caribe es un escenario clave para la supervivencia diplomática de Taiwán y también, desde otro punto de vista, para limitar la expansión de la República Popular China en la región, cuestión de interés estratégico para EE. UU. La pérdida de los aliados actuales acentuaría su aislamiento y también debilitaría la hegemonía de EE. UU. en el hemisferio. Por tantas razones, también para China es un objetivo político de primera magnitud la captación de aliados en la región (Ríos, 2018).

Tras la tregua diplomática pactada a través del Estrecho como consecuencia de la “tercera cooperación” acordada en 2005 entre el Partido Comunista y el *Kuomintang*, observada durante el mandato de Ma Ying-jeou en Taipéi (2008-2016), la irrupción de los soberanistas en la isla ha dado un vuelco a la situación. Los nuevos datos apuntan a un acelerón de la desertión de los Estados de América Latina y el Caribe hacia la República Popular.

Taiwán ha intentado evitar estos cambios correspondiendo en la medida de sus posibilidades a las solicitudes de ayuda de las capitales aliadas, orientando hacia ellas las inversiones del sector privado taiwanés, pero no está en condiciones de competir con Beijing. Taipéi firmó TLC con

El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Panamá, lo cual ha provisto de cierto dinamismo las relaciones económicas, pero el gobierno que preside Tsai Ing-wen enfrenta graves dificultades para que el sector privado se involucre en el acompañamiento de las necesidades estratégicas de su Estado de hecho, cosa que China maneja a la perfección.

Panamá rompió con Taiwán en julio de 2017 en una decisión política de gran trascendencia. La ruptura coincidió con el arranque de las obras del nuevo puerto de contenedores ubicado en la isla Margarita, en Colón, un megaproyecto que abre la posibilidad de gestionar buques de gran porte. Su construcción corre a cargo del grupo chino *Landbridge*, con una inversión aproximada de 1.100 millones de dólares y permitirá que esta terminal cuente con una altísima capacidad de gestión. Además, China podrá participar en la construcción del ferrocarril que unirá la capital con la provincia de Chiriquí, en la frontera occidental del país.

La decisión de Panamá no es una anécdota. Entre 2016 y 2018, China ha avanzado diplomáticamente en América Latina y el Caribe de forma espectacular. Uno de los reflejos de ese avance es el retroceso de Taiwán. Tras Panamá en 2017, la República Dominicana en mayo de 2018 y El Salvador en agosto del mismo año apostaron por el cambio. Los tres se consideraban países muy cercanos a EE. UU. pero tomaron sus decisiones sin consulta o aviso previo a Washington. Los acuerdos con Beijing se negociaron en el más absoluto secreto. Panamá rompió el TLC con Taiwán a pesar del daño que esto podía suponer para algunas empresas panameñas. La República Dominicana aceptaba los beneficios taiwaneses (incluso la donación de vehículos militares) mientras negociaba en paralelo con China. Los tres países tomaron parte en la primera feria internacional de importaciones celebrada en Shanghai en noviembre de 2018.

EE. UU. ha expresado una creciente inquietud por la cada vez mayor influencia de China en la región, evidenciada, entre otros factores, en este retroceso diplomático de Taiwán, cuya presencia era concebida como una importante cobertura contra la penetración del dominio chino en la zona. EE. UU. reaccionó con virulencia a las deserciones más recientes, que condenó abiertamente por primera vez, lo que puede haber demorado la reconsideración de otras y quizá retrase alguna decisión ya casi tomada; pero la hipótesis de un efecto dominó sigue en la agenda.

Cabe señalar que en los países que mantienen relaciones con Taiwán, la República Popular China no descuida su presencia económica que trata de afianzar con ofertas mejoradas. La soya para Paraguay o la creciente presencia de empresas chinas en los sectores vial, ferroviario, siderúrgico y eléctrico, así como la comercialización de productos chinos de todo tipo, muy competitivos en su mercado, son ejemplos de una ofensiva que ayuda a ver a China con otros ojos. Honduras podría ser el siguiente, mientras Guatemala o Belice no podrían descartarse. El mismo Daniel Ortega, que normalizó las relaciones de Managua con Beijing al triunfar la revolución sandinista, podría operar el vuelco en cualquier momento. Haití o las Antillas Menores son igualmente países vulnerables y sopesan las pingües inversiones continentales a cambio de la modificación del reconocimiento.

Mientras, la clave de bóveda más inmediata de este proceso pudiera ser El Salvador, que en febrero de 2019 celebró nuevas elecciones. El resultado puede influir en un nuevo cambio, con el regreso de las relaciones a Taiwán. Ese temor explica que China aún no haya abierto una embajada en este país, a la espera de confirmar la decisión tomada por parte del presidente electo, Nayib Bukele, candidato del partido Gran Alianza por la Unidad Nacional (GANU), que puso fin

al mandato del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), que gobernó desde 2009 hasta 2019. Si Bukele mantiene su propósito de acometer inversiones en infraestructuras clave, el concurso de China le resultará conveniente. Beijing prometió a El Salvador convertirlo en el centro de distribución de los productos chinos para toda la región. El proyecto incluye un puerto capaz de recibir un millón de contenedores anuales, cuatro parques temáticos y cuatro centros relacionados con la economía. La transformación se hará en una franja litoral de 2.787 Km² (el 12% del territorio del país) cuyos derechos de explotación deberán cederse durante un siglo a la parte china. Al mismo tiempo, construiría un puerto en Honduras, en la costa atlántica, conectado por ferrocarril con el salvadoreño para crear un “canal seco” entre los dos océanos. Un 20% de los empleos generados se reservan para personal chino.

Un dato adicional a tener en cuenta es la elección de Jair Bolsonaro en Brasil, quien visitó Taiwán en marzo de 2018 en calidad de diputado. Su ministro de Exteriores, Ernesto Araujo, simpatiza con la isla. Estas circunstancias podrían facilitar el aumento de los contactos comerciales de Taipéi con la región aunque no esté en peligro el entendimiento diplomático con la República Popular China, su primer socio comercial.

Paradójicamente, la política de EE. UU. en la zona es de gran ayuda para China en el cumplimiento de sus objetivos. Ya en lo económico o en lo político, los mensajes de la Administración Trump acentúan su aislamiento. EE. UU. ha perdido credibilidad entre sus socios latinoamericanos, quienes se han vuelto menos receptivos a escuchar y responder a sus mensajes. Washington insiste en advertir a los países de la zona sobre los peligros asociados al entendimiento con China, pero es difícil que tomen en serio sus advertencias. La retórica y las políticas de EE. UU. para la región son hostiles a ojos de sus ciudadanos y problemáticas para sus gobiernos. Ese sentimiento se ve reforzado por el recorte de programas de importancia para las autoridades de la región y por la ausencia de políticas fiables.

Desde Tegucigalpa, por ejemplo, se advirtió del efecto de los recortes en el apoyo de EE. UU. a Centroamérica, lo que conduce a acoger con satisfacción la creciente presencia de China en la región, considerada una oportunidad. Desde que Trump asumió el cargo, los compromisos de inversión han disminuido. Desde 2016, la ayuda exterior combinada de EE. UU. para Honduras, Guatemala y El Salvador ha caído en más de un tercio.

En tal contexto, de poco vale que el locuaz discurso del vicepresidente Mike Pence en el Instituto Hudson del 4 de octubre de 2018 se sirva de América Latina como ejemplo claro de los planes de Beijing, aludiendo a su papel en la crisis económica y humanitaria de Venezuela o advirtiendo que el gobierno chino no se pensaría dos veces la oportunidad de apoderarse de los puertos y activos de la región.

Lo evidente es que, al ofender con su discurso antiinmigración, reducir la asistencia o agitar las tensiones comerciales, lo que Trump hace es abrir las puertas a China. Cuando El Salvador cortó con Taiwán, la primera reacción de algunos senadores en Washington fue clamar por la inmediata y total suspensión de la ayuda económica a su gobierno.

La inquietud de EE. UU.

Debido a su ubicación geográfica, América Latina se considera a menudo como la región más importante para el bienestar y la seguridad de EE. UU. (Arnson, 2011). Esa sensibilidad geopolítica se ha acentuado con la Administración de Donald Trump, debido al impacto de las olas migratorias y su insistencia en magnificar su eco y significación en ambos sentidos. Dicha relación, difícil, pone de manifiesto abruptamente la devaluación del liderazgo de EE. UU. a escala regional y global y la tendencia a la descomposición de la supremacía de un orden liberal basado en el respeto a los Derechos Humanos.

A EE. UU. le disgusta y mucho la creciente presencia de China en América Latina y la interpreta y analiza como parte de la disputa global que mantiene con el gigante asiático (Bonilla y Milet, 2015). El general James Mattis, secretario de Defensa, lo dijo muy claramente durante su gira por Argentina, Brasil, Chile y Colombia en agosto de 2018.

Nadie pone en duda que EE. UU. es el país hegemónico en la región pero Washington observa cómo China se ha convertido en el principal mercado de países importantes como Brasil, Chile o Perú, realizando inversiones en sectores estratégicos que van desde el petróleo a los minerales o la energía eléctrica. En febrero de 2018, el exsecretario de Estado Rex Tillerson, realizó una sonora advertencia a los países de la zona contra las prácticas chinas que acarrearán no solo beneficios sino también desempleo, contaminación, pérdida de salarios... “América Latina no necesita nuevas potencias imperialistas”, vino a decir, cargando contra el modelo económico chino basado en la hegemonía de la propiedad estatal. El exdirector de la CIA que le sucedió en el cargo, Mike Pompeo, reiteró este discurso y lo amplifica a la mínima oportunidad.

En clave geopolítica, las convulsiones que vive Venezuela (Maduro versus Guaidó), con una estrategia visiblemente concertada entre Washington y la oposición al sucesor de Hugo Chávez, podrían interpretarse como un golpe en la mesa de la Casa Blanca a modo de escarmiento a China. Un serio trompazo de los intereses chinos en Venezuela (como ocurrió en Libia) afectaría a los planes de Beijing si desemboca en un parteaguas capaz de poner coto a la expansión china en su “patio trasero”. China mostró su apoyo a Maduro, apeló al diálogo y condenó la injerencia exterior. Beijing, ignorando los llamamientos de Guaidó a romper con el presidente bolivariano, no se ha puesto de perfil ni dejó esta vez que Putin expresara opiniones que habitualmente prefiere callar.

Las relaciones de EE. UU. con América Latina y el Caribe no son fáciles. Aún hoy retumban los ecos de la Doctrina Monroe (1823). Más allá de que en la región se acepte o no el liderazgo estadounidense y su controvertida bonhomía, asuntos como el comercio, el medio ambiente o la migración suponen frentes de conflicto permanente. La agresividad del presidente Trump en torno a asuntos como la migración ha establecido una especial sensibilidad que echa por tierra las “afinidades hemisféricas” que siempre han sobresalido en el discurso de la Casa Blanca. Salvo en la cuestión de Venezuela, EE. UU. ha optado por un enfoque unilateral producto del *America First* que pone fin a dinámicas anteriores con eco en la región, desde los TLC al respaldo a los procesos democráticos o el apoyo al multilateralismo.

Desde la asunción de Trump, la pérdida de credibilidad de EE. UU. en América Latina y el Caribe es un hecho constatable. Al deterioro de la previsibilidad política de antaño se suma la per-

tinaz exigencia de revisar los acuerdos comerciales con el único criterio de que el superávit debe quedar del lado estadounidense. Por el contrario, China asegura a la región que es de importancia estratégica para su desarrollo y que su compromiso es de largo plazo.

Trump habla de los “hombres malos” del Sur y es de dominio público que América Latina no le seduce. Son “países de mierda” (*Agencia Efe*, 12/01/2018). Esto y el tono de sus emisarios hacen difícil en lo inmediato una reconquista “dulce” de la región. Su reiterada ausencia representa un vivo contraste con los viajes a la zona de Xi Jinping (cuatro giras por la región desde que asumió la presidencia en 2013, recalando en más de una docena de países). Con estos antecedentes, ¿está EE. UU. en condiciones de decirle a América Latina lo que le conviene o no? Sin duda, China goza de una gran oportunidad estratégica en el hemisferio.

EE. UU. insiste en que América Latina exporta manufacturas al otro lado del río Grande mientras que a China solo exporta materias primas. Pero en 2017, aunque América Latina tuvo un superávit comercial con EE. UU. de 125.800 millones de dólares y un déficit comercial con China de 63.300 millones, el balance está distorsionado por el gran excedente comercial que tiene México con EE. UU. y el gran déficit comercial que tiene México con China. En dicho año, México tuvo un superávit comercial con EE. UU. de 132.400 millones de dólares y con China registró un déficit comercial de 67.400 millones. Países como Argentina, Chile, Colombia, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá, Perú, Paraguay o Uruguay, entre otros, constataron un déficit comercial con EE. UU. Y países como Brasil, Chile, Perú o Venezuela lograron un superávit comercial con China que en el primer caso fue de 20.166 millones de dólares.

Si excluimos a México, cabe afirmar que el modelo de venta de materias primas e importación de manufacturas es aplicable por igual a China y a EE. UU. Por otra parte, la inexistencia de una industria competitiva en la región es difícilmente imputable con quien con el comercio es reciente, a diferencia de EE. UU., que es de larga data.

Dicho esto, EE. UU. tiene razón al preocuparse por su posición en la región y en ello ha influido tanto el activismo chino como el desafortunado tono de las acciones estadounidenses. Aun así, que China emplee su presencia económica e influencia para obtener ventajas políticas está por demostrar. Valga de ejemplo que, como ha reflejado Ted Piccone (2016), desde 2006 hasta 2015, los votos de América Latina y el Caribe en Naciones Unidas se alinearon de forma preferente y clara con las posiciones de EE. UU.

Al discurso del avance depredador, amenaza imperial, potencia malvada, etc., que cabe enmarcar en el tono de una estrategia de seguridad nacional (aprobada en diciembre de 2017) que alerta de los intentos de “arrastrar a la región a su órbita”, China está respondiendo con inversiones, comercio y relaciones en los más diversos campos, lo cual no hace sino generar aún más ansiedad en Washington. Pero, objetivamente, el volumen actual de los intereses financieros, comerciales y culturales de los países de América Latina y el Caribe en sus relaciones con China evidencia que aún es insuficiente para poner en cuestión —ni mucho menos superar— las relaciones económicas y político-culturales que mantiene la región con EE. UU. o la UE.

Insinuar que la influencia no liberal de China supone una amenaza para las democracias latinoamericanas es exagerado. Ni hay intención de copiar el modelo ni China se afana en ello. Hay una primera motivación de orden económico que sigue siendo la principal, aunque el componente es-

tratégico podría ganar relevancia en el marco de la pugna global o de la presencia de EE. UU. en los mares de China para defender lo que los estadounidenses llaman libertad de navegación en aguas disputadas.

Es muy probable que la rivalidad económica y estratégica entre China y EE. UU. se intensifique, pero lejos de influir negativamente podría contribuir al dinamismo de las relaciones entre China y América Latina y el Caribe, aunque con riesgos que podrían afectar al medio ambiente si ello implica una sobreexplotación de los recursos en la región ante el descenso de las importaciones de EE. UU.

La guerra comercial entre EE. UU. y China, a expensas del resultado de las negociaciones que culminan el mes de febrero de 2019, puede tener consecuencias para la región. China ha aceptado ya comprometerse mucho más en la corrección del déficit comercial, lo cual se traducirá en un incremento de la importación de algunos insumos estadounidenses, desde bienes agrícolas a energía, lo cual puede entrañar repercusiones para países competidores de América Latina. Si la guerra no se cierra, se amplía o se profundiza en lo estratégico, la obligación de elegir bando puede tener consecuencias más serias y profundas en la región, aunque disímiles en función de cada país.

El mayor problema para Washington es que su mensaje no está acompañado de compromisos creíbles con la agenda de necesidades de la región. Para América Latina y el Caribe supondría un dilema serio que no solo puede afectar a sus relaciones con ambos actores, sino a la ruta de su propia desintegración. En cualquier caso, no puede darse por hecho que la tupida red de relaciones creadas en la región por las grandes corporaciones chinas sea fácilmente reversible pues supondría grandes pérdidas para los sectores agrarios, industriales, comerciales y financieros locales, que quizá no acepten las restricciones sin más. No olvidemos que son ya significativos los sectores de las burguesías locales que impulsan la relación con China.

¿Puede China convertirse en la potencia hegemónica de América Latina y el Caribe? China y EE. UU. mantienen un diálogo periódico desde el inicio del siglo para intercambiar ideas sobre la región y la gestión de sus respectivos intereses. A la vista de la situación actual, no parece que haya resultado muy tranquilizador. En cualquier caso, doctrinalmente, China está muy lejos de perseguir un afán hegemónico. Y en términos materiales no debiéramos pasar por alto que son muchas aún las taras internas que le obligarán a gestionar muy complejos problemas en las próximas décadas.

¿Y España?

España tiene una muy importante relación con América Latina tanto a nivel económico como político y cultural. Es sabido que el peso de las empresas españolas en la zona es cuantitativa y cualitativamente mayor que en ninguna otra región del mundo. Aquí tienen su mayor *stock* de inversión (siempre al margen de la UE) y a la inversa supone un 15% del total de inversión extranjera en nuestro país.

¿Puede el ascendente papel de China ir en detrimento de la posición de España en la región? El incremento de la influencia económica de China constituye un reto para España que con el nuevo siglo perdió capacidad de incidencia en la región por este y otros factores. El empodera-

miento de América Latina derivó en un distanciamiento respecto a los actores tradicionales y en una apuesta por una diversificación activa de sus relaciones exteriores.

Como puente para América Latina, para China es verdad que España goza de una posición de cierto privilegio en la región latinoamericana, pero igualmente, a la luz de la experiencia recibida, es fundamental no exagerar esta cuestión; es más, debiéramos relativizarla sensiblemente. Y tampoco debemos perder de vista que esa condición no cabe ser auto-atribuida sin más pues depende en último término del reconocimiento de terceros, lo cual demanda siempre el establecimiento de un juicioso equilibrio que debe ir más allá de la coyuntura inmediata. Deberíamos aquilatarla con cierta visión histórica. El capital de credibilidad que pueda perderse en un momento dado es difícil de recuperar; por eso es esencial aplicar en estas cuestiones tanto un diagnóstico realista como una visión de largo plazo.

En China, predomina la visión de España, en relación a América Latina, como una potencia histórica y cultural y que combina por tanto activos de gran valor pero no necesariamente imprescindibles ni positivamente evaluables en todas sus dimensiones. Es esta una idea cada vez más preponderante en el mundo académico y político y que se manifiesta abiertamente, sin complejos, lo cual invita a no llamarse a engaños. No es que China pretenda con eso rebajar el papel de España en la región sino apuntar a cierto realismo que a veces, inmersos en la inercia de nuestra tradición intelectual, se nos pasa por alto. España sigue siendo un actor importante en la región a determinados niveles, hecho que reconocen así todas las partes. Pero debemos admitir que China no necesita a España para relacionarse con América Latina.

También procede reconocer que, en términos generales, los países de América Latina quieren hablar de tú a tú con cualquier país del mundo, sin intermediarios ni mediadores, y también con China, por supuesto. Este proceso es claramente perceptible desde finales del siglo XX y se ha visto acelerado por el llamado ciclo progresista que ha vivido la región desde entonces. Y con independencia de las vicisitudes que puedan experimentarse en la conformación de los gobiernos de la región o los cambios de ciclo derivados de las alternancias inevitables, es una tendencia que ha venido para quedarse y que en los próximos años, con la irrupción de más actores en la región (no solo China; también Rusia, Irán, Japón, India, etc.), cada cual a su nivel y con sus particulares objetivos, no hará otra cosa que afirmarse.

Desde la aprobación del primer “Plan Marco Asia-Pacífico 2000-2002”, la política exterior española ha incorporado como concepto y estrategia la triangulación Asia-Pacífico/América Latina/España. Para España, el objetivo enunciado de la triangulación consiste en utilizar los especiales vínculos que la unen con América Latina para superar las debilidades que se presentan aun hoy en el desarrollo de los negocios y la inserción cultural en Asia-Pacífico, es decir, aprovechar la presencia histórica y el conocimiento del subcontinente americano para impulsar el recíproco entendimiento con los países de Oriente, con quienes acumula un déficit, igualmente histórico, en sus relaciones.

Ha habido, sin duda, casos de éxito en la “triangulación”. Con frecuencia se cita el de *Huawei* y Telefónica o el de Repsol y *China Petroleum & Chemical Corporation* (Sinopec), aunque también los ha habido en sectores como la banca, el turismo o la automoción, entre otros. Es posible que sin la existencia misma del concepto se hubieran dado igual. Su lógica de fondo no es otra que las tendencias del mercado y las estrategias de las grandes empresas en orden a la gestión de

sus propuestas de colaboración/competición. Y, de nuevo, no debiera exagerarse. Es decir, en el caso de Repsol y Sinopec en Brasil, pongamos por caso, no es que Sinopec entrara en Brasil gracias a la multinacional española; ya estaba en Brasil. Repsol necesitaba financiación para sus operaciones en Brasil y cedió un 40% de su filial carioca a cambio de una aportación de capital por parte de Sinopec.

En “Una visión estratégica para España en Asia 2018-2022” (MAEC, 2018), aun reconociendo que nuestra especial vinculación con Iberoamérica despierta interés en Asia, gracias a las nuevas alianzas en materia comercial y al desarrollo del eje del Pacífico así como nuestra pertenencia a la UE —hechos que incrementan nuestra relevancia a ojos de nuestros socios asiáticos—, el concepto de triangulación está ausente. Además, se reconoce que España sigue contando con menos medios para el conjunto de su política asiática que otros países europeos de peso similar de nuestro entorno.

Hay oportunidades en este esquema triangular pero no es la panacea. Habrá que ver caso a caso. El hecho de que China prime en esta nueva fase el ámbito de las infraestructuras y que España cuente con empresas experimentadas en algunos rubros puede generar expectativas de negocio. Nada fáciles, debiera añadirse, si las licitaciones públicas adolecen de la exigible transparencia y si el patrón chino (combinación de proyecto, financiación, empleo, etc.) impera. España podría no disponer, en general, de similares capacidades. Pero una agenda centrada en las infraestructuras, las comunicaciones, el medio ambiente, el turismo, etc., con un importante capítulo de inversiones como suele acompañar los planes chinos, puede ser atractiva para muchas empresas españolas. La participación de España podría ayudar a suplir carencias y desconfianzas.

Para España, China es rival y socio a la vez. Las oportunidades reales asociadas al discurso de la triangulación, en boga con el nuevo siglo, han sido bien pocas. China promueve la cooperación con España para la exploración conjunta de terceros mercados. Indudablemente, América Latina podría ser un escenario idóneo.

Las posibilidades de España en la región apuntan a una recuperación de terreno en materia de influencia que puede ser factible en el contexto del nuevo ciclo político que vive buena parte de los países de la zona. A tal efecto, el robustecimiento del marco bilateral y multilateral es una condición *sine qua non*. España necesita dotarse de una política multidimensional y coherente que tome nota del nuevo contexto, huyendo de paternalismos cuyo tiempo pasó y evaluando con realismo las opciones a nuestro alcance, conscientes de que en no todos los ámbitos podemos estar a la altura de las exigencias.

Por otra parte, la generación e intercambio de conocimiento en torno a China entre España y América Latina podría representar una excelente base para instar a la cooperación en otros ámbitos e influir inteligentemente en la creación de opinión y de espacios públicos y privados para administrar dicha relación con el gigante oriental. Es lamentable la ausencia de España en la gestión ambiciosa de información y análisis sistemáticos a propósito de las relaciones entre China y América Latina que por el momento discurre preferentemente en el ámbito anglosajón.

Es evidente que en ambas partes existe una mayor sensibilidad y comprensión de la importancia de China a todos los efectos y en todos los órdenes pero, por el momento de ahí no se ha derivado un esfuerzo como el que sería necesario para dotarnos de capacidades que nos permitieran re-

ducir la distancia histórica existente respecto a aquellos países de nuestro entorno que sí han invertido sistemáticamente en aumentar su conocimiento sobre China, lo cual les facilita un alto grado de concreción y penetración del que, en términos generales, carecemos. Y esto hoy día es indispensable para que nuestros decisores dispongan de un *corpus* de conocimientos, lecciones aprendidas y análisis adaptados a sus condiciones específicas que les permitan hacer elecciones correctas y obtener resultados muy positivos.

Reparos recurrentes

Desde el primer momento, China evitó dar la impresión de que su activismo en América Latina obedecía a consideraciones de orden geopolítico, en clave de desafío al liderazgo de EE. UU., evitando también primar la afinidad ideológica en su aproximación a la zona (Jiang, 2006). No obstante, esta dimensión podría ganar relevancia en el futuro a medida que el enfrentamiento progrese y sustituya a la cooperación en las relaciones bilaterales.

Por otra parte, se especula con que la IFR esté funcionando como “diplomacia de la deuda”, es decir, como una estrategia de concesión de préstamos al alza que incrementa significativamente el nivel de deuda hasta el punto de condicionar la tesorería del Estado y las políticas gubernamentales (Reinhart, 2018). Ha habido quejas de países como Malasia, Sri Lanka o también africanos en tal sentido.

Ciertamente, en ocasiones, a China se le acusa de ser la principal causa de la deuda en determinadas economías; no obstante, no siempre China, recién llegada en este aspecto, es el mayor acreedor. Los problemas de deuda de los países afectados por la IFR no están necesariamente relacionados con los proyectos de la IFR. Ya tenían altos niveles de deuda con anterioridad e incluso China no es su mayor acreedor. Países europeos, EE. UU., Japón o incluso India participan de similares dinámicas sin que su actuación se examine bajo parámetros políticos.

El debate sobre la idoneidad de los préstamos chinos para financiar proyectos de infraestructura, ampliar la capacidad productiva en la minería u otros productos básicos, o apoyar el gasto público, en general tiene poco recorrido en América Latina y el Caribe. Aunque la información sobre los términos de los préstamos y las condiciones son escasas cuando no inexistentes, no parece que por el momento exista una gran preocupación al respecto. En cualquier caso, las estadísticas homologadas y fiables son el gran indicador de la confianza y la base de cualquier interpretación no sesgada.

Llama la atención, no obstante, las deficiencias en la transparencia, lo que genera dudas en cuanto a la subestimación en diversos grados de los montos y sus implicaciones en materia de obligaciones de deuda y la emergencia o no de las consiguientes dificultades de pago. La existencia de “deudas ocultas” que no aparecen registradas en las bases de datos del BM y otros lugares motiva un halo de escepticismo que debiera subsanarse. En 2016, China se unió a la lista de países que informan al Banco de Pagos Internacionales pero queda mucho por hacer para dotar de fiabilidad las estadísticas al respecto. China tampoco es miembro del Club de París y todo acuerdo de reestructuración de deuda bilateral con cualquier país rehúye el conocimiento público. De este modo, también las instituciones como el FMI requieren transparencia para dictaminar el esfuerzo real que supone el cumplimiento con las deudas soberanas. La única certeza

es que China vino a llenar el vacío registrado en los préstamos oficiales de las instituciones multilaterales usuales y que se ha consolidado como el principal inversor en los países menos desarrollados, muy por delante de Francia y EE. UU.

En el orden ambiental, proyectos como la construcción de un megapuerto en el entorno de Punta Yeguas, en Uruguay, han enervado a los grupos ecologistas que alertan de las dramáticas consecuencias para el ecosistema marítimo de la excesiva captura no regulada de los escasos recursos ícticos del Atlántico Sur, donde operan más de 500 buques chinos. China quiere instalar aquí su base operativa y brindar apoyo logístico a su flota. El consumo de pescado en China aumentó en casi nueve kilos en solo cinco años. Le harán falta 70 millones de toneladas de pescado al año. China cuenta con 164 empresas pesqueras que cuentan con 3.000 barcos de pesca de altamar distribuidos en 30 países.

Organizaciones ambientales de países como Argentina, Brasil, Bolivia, Ecuador o Perú han llamado la atención sobre la violación sistemática del derecho a la consulta previa libre e informada, a la consulta ambiental y a la participación ciudadana, detectando situaciones irregulares de adquisición de tierras e incluso desalojos forzosos de comunidades enteras en proyectos que apadrina China (Mangione, 2018). Es recurrente, dicen, la destrucción de lugares de importancia cultural y natural, la criminalización de dirigentes comunitarios o la vulneración, entre otros, de derechos básicos. Falta el control de la propia China respecto a los proyectos que desarrollan sus empresas y bancos en el exterior en un contexto de inhibición a la hora de asegurar que conozcan y apliquen las regulaciones de los países anfitriones en materia de medio ambiente y Derechos Humanos.

Y un último reparo: al depender tanto de la agricultura y la minería, la relación China-América Latina está sujeta a los ciclos de auge y recesión en los precios de los productos básicos y esto supone un riesgo a largo plazo nada desdeñable. Cuando los precios se tambalearon, China también salió en ayuda de las economías en apuros con planes específicos para la región, pero el intercambio se resintió afectando a la estabilidad económica de los países exportadores.

Conclusiones

La interdependencia económica y comercial de China y la región es un hecho irreversible (Toro Hardy, 2013). Es muy improbable que cualquier cambio político interrumpa drásticamente las relaciones con China de cualquier país de la región. Los fundamentos de la relación China-América Latina permanecen sólidos y sea cual fuere el signo político en la región en los próximos años, los gobiernos confían en China como socio implicado en la adquisición de materias primas y en inversiones en infraestructuras. El coste que suponen las críticas formuladas por colectivos ambientales o sindicales, o determinados por los gremios industriales, o incluso por las diferencias que puedan surgir en relación a EE. UU., son asumibles, no solo por las izquierdas, sino también por las derechas de la zona.

En el caso de Venezuela, el mayor receptor latinoamericano de financiación china, China se compromete menos financieramente a modo preventivo, a la vista de los riesgos que ofrece el país y la percepción de que una etapa post-Maduro podría emerger en un horizonte cercano. Bien es verdad que el temor a un escenario adverso que derive en un distanciamiento que dé al

traste con sus inversiones preocupa a las autoridades chinas. No obstante, China conservará por muchos años una influencia económica considerable en el país, lo que obligaría a la actual oposición, caso de llegar al gobierno, a matizar su relación.

Venezuela cataliza hoy la feroz rivalidad estratégica entre EE. UU. y China pero no es el único caso relevante en la región. El siguiente asalto bien pudiera ser la estación espacial que China ha construido en la Patagonia argentina, en Neuquén, en funcionamiento desde el pasado abril y que desempeñó un papel clave en el reciente aterrizaje de una nave espacial en el lado oscuro de la Luna. A pesar de que Beijing y Buenos Aires se dieron garantías mutuas sobre la naturaleza civil y pacífica de la instalación, el ruido mediático a propósito de su supuesta finalidad militar va en incremento, con diversas autoridades de EE. UU. alertando un día sí y otro también de los peligros de los “acuerdos chinos opacos y depredadores que socavan la soberanía de las naciones” (*TN-Grupo Clarín*, 2/02/2018). La Agencia Espacial Europea firmó con Argentina un acuerdo similar en una provincia vecina... Washington quiere echar a China de la zona y difícilmente parará hasta conseguirlo.

Sea como fuere, haría bien China en conducirse con tiento, mejorando la atención hacia los efectos sociales y/o ambientales de sus operaciones, vigilando que sus préstamos no deriven en trampas de deuda, etc., habida cuenta de que en la región predomina un enfoque pragmático del que no se deriva necesariamente una admiración por su modelo, ya sea político o económico, y que la opinión pública, estructurada en muchos casos en movimientos sociales de reconocida capacidad de impacto, estarán crecientemente atentos a su proceder. Esto sugiere que la suma de retórica aceptable, grandes compras, préstamos e inversiones puede no ser suficiente para preservar y profundizar en una relación que precisa ganar en calidad.

Aun reconociendo que la simpatía o proximidad política ha sido un factor importante en varios casos para el auge de las relaciones de China con la región y que los gobiernos de izquierda han desempeñado un importante papel en el aumento de la presencia de China, cabe destacar que su diplomacia también multiplicó sus iniciativas en relación a países con gobiernos de otro signo (Colombia o México, por ejemplo) en los que multiplicó sus inversiones.

El enfoque que apuesta por una cooperación pragmática toma buena nota de que los países de la región ansían disponer de una mayor autonomía en sus políticas exteriores a todos los niveles, correspondiendo así a su propia diversidad interna. China, por su parte, quiere trascender las inversiones en infraestructura o en recursos naturales para establecer unas relaciones culturales y sociales más estrechas.

En 2018 ha habido importantes cambios políticos en la región, con elecciones presidenciales en tres de los más grandes países, es decir, Brasil, Colombia y México, además de transiciones en Chile, Costa Rica, Cuba, El Salvador y Paraguay. Y se debe señalar que, en términos generales, ello no ha afectado en absoluto a las relaciones de China con estos países. Es más, frente a la intensificación de la retórica anti-China que prevalece en el discurso de EE. UU. hacia la región, el entusiasmo parece imperar en la actitud de la mayor parte de los gobiernos latinoamericanos. El giro a la derecha en la región no ha supuesto gran quebranto para China. En general, los nuevos dirigentes han adaptado sus políticas en nombre del pragmatismo para satisfacer las demandas del gigante oriental. Si China fue una bendición para la presidenta Cristina Fernández de Kirchner, también acabó siéndolo para Mauricio Macri. En el marco de la visita a Argentina

de Xi Jinping en diciembre de 2018, ambas partes firmaron 37 acuerdos económicos bilaterales entre los que destaca el importante canje de moneda (*swap*) que ha convertido al país asiático en uno de los principales financistas de su Banco Central. Casi el 40% de las reservas internacionales de Argentina están en yuanes.

Es verdad que en las respectivas campañas electorales no faltaron críticas a China por parte de los principales candidatos y esto parece confirmarse como una tendencia insalvable. China es señalada como país competidor e incluso como potencia neocolonial que intenta aprovecharse de los recursos de la región generando nuevas dependencias. No obstante, finalizada la campaña y ya elegidos, los dirigentes regionales reconocen que China es su tabla de salvación a la hora de recaudar inversión o préstamos, la mejor apuesta para lograr cambios estructurales en áreas clave.

El presidente de Argentina, Mauricio Macri, también llegó a la Casa Rosada acompañado de un halo de escepticismo a propósito de la relación con China pero como se evidenció en la cumbre argentina del G20, de finales de 2018, su cercanía es incuestionable. De poner en duda la continuidad del proyecto de represa de Néstor Kirchner, financiado por China, Macri pasó a avalar más proyectos relacionados con la energía, como un parque eólico de 150 millones de dólares en Buenos Aires. Es verdad que hubo algunos ajustes en algún proyecto, pero de escasa relevancia y sin afectar a lo sustancial. La parte china es consciente de la importancia de “salvar la cara” a su socio.

Con todo, en los matices cabe señalar algunas relevancias. En México, por ejemplo, el nuevo gobierno de López Obrador espera mejorar la relación con China, lo cual podría no resultar fácil ante el empeño de impulsar la producción nacional en sectores en los que la competencia china ha resultado demoledora. Colombia, pese a su cercanía a EE. UU. (cobija siete bases militares de este país), no quiere quedarse al margen. La mayor duda es Brasil, a la vista de la retórica vehementemente anticomunista y proestadounidense de Jair Bolsonaro, quien en octubre de 2018 clamaba que “China no está comprando en Brasil sino comprando Brasil” (*Agencia Efe*, 29/11/2018). El sector agrícola brasileño, muy beneficiado por la relación con China, es también una base electoral importante de Bolsonaro, lo que supone un factor de moderación a destacar. No obstante, podrían registrarse cambios en la participación china en el desarrollo de la infraestructura de Brasil. China espera con impaciencia conocer detalles del programa de privatizaciones de Bolsonaro, pero este podría imponer límites a sus ofertas. Sus primeros gestos explicitaron un cierto borrón y cuenta nueva con la virulencia de su campaña electoral, pero habrá que estar atentos.

Bolsonaro es igualmente proclive a firmar un acuerdo con EE. UU. para permitirle el uso de la base de lanzamientos Alcántara, en Maranhao, que rivalizaría con la base espacial china en Argentina, una petición ya formulada por el exsecretario de Defensa Jim Mattis en su gira latinoamericana de agosto de 2018.

En cualquier caso, la política exterior brasileña experimentará cambios profundos que sí pueden tener consecuencias para China. Bolsonaro ya anunció que se centrará en acuerdos bilaterales y que los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) no serán una prioridad de su gobierno. El activismo internacional de Brasil podría ser cosa del pasado. Las plataformas multilaterales de la región constituidas desde 2004 a instancias de los gobiernos de izquierda verán agravada su funcionalidad con su previsible ausencia o distanciamiento. En noviembre de 2019, Xi Jinping debe visitar Brasilia con motivo de la 11ª cumbre de los BRICS. Es probable que Brasil se convierta en la prueba de fuego para el devenir de la diplomacia china en América Latina.

El esperado pragmatismo de Bolsonaro se explica, sobre todo, porque las economías latinoamericanas son muy dependientes de las exportaciones de materias primas y China es el principal importador de estos bienes. Ni EE. UU. ni la UE logran compensar el tirón del gigante asiático. Es más, la disputa comercial que enfrenta a EE. UU. con China es vista por muchos como una oportunidad para mejorar las expectativas comerciales. Si aquella se vuelve crónica, Brasil, por ejemplo, echa cuentas de cuánto podría beneficiarle el incremento de las ventas de soja. Bolsonaro ambiciona aumentar la producción y las ventas de Brasil a China ya superan a las de EE. UU.

Por otra parte, China seduce a la región con un discurso que pone el énfasis en el desarrollo de infraestructuras largamente esperadas y que son fundamentales para alentar un proceso de cambio económico y social que responda a las expectativas. Este esfuerzo podría contribuir a mitigar una tendencia que no sería sorprendente atendiendo a la simple lógica ideológica, en función de la cual el giro a la derecha derivaría en una mayor distancia respecto a Beijing. En tal sentido, China también deberá enfrentar las consecuencias de un mayor alineamiento de algunos países de la región con EE. UU., que podría reforzar el sentimiento anti-China.

Y también cabe explicar la previsible moderación por el tono generalmente positivo del mensaje que China envía a la región. Frente a la advertencia y denostación que emerge de la Administración Trump, China aboga por una relación que privilegia el compromiso entre países en desarrollo en el marco de la cooperación Sur-Sur frente a consideraciones de orden político o ideológico. China multiplica los contactos con partidos políticos, con entidades sociales y culturales, empresariales, *think tanks*, etc., de modo que el fortalecimiento de la relación se consolida cada día más.

Por último, China no muestra interés en exportar su modelo. Esto establece un gran contraste con las políticas de EE. UU. o la UE que a menudo reducen el margen para que puedan trazar sus modelos nacionales de desarrollo con mayor autonomía. Dicho proceder resta eficacia a las presiones de Washington para reprimir los crecientes vínculos de la región con China. Por eso, cabe imaginar que los Estados latinoamericanos buscarán mantener el equilibrio entre EE. UU. y China, ya que los dos son países importantes para su desarrollo.

Si China avanza hasta lograr una mayor complejidad industrial y tecnológica en línea con su actual proceso de transformación del modelo de desarrollo y América Latina y el Caribe no logra desembarazarse de su reprimarización, la tendencia estructural puede resultar claramente contraproducente. Ambas partes son conscientes de ello y de la vulnerabilidad que supone. Por eso, es importante que China sea un puente capaz de favorecer el salto que la región precisa y que ni EE. UU. ni la UE lograron propiciar en las décadas pasadas.

Para América Latina y el Caribe, gestionar la relación con China no es tarea fácil pero predomina la visión de que representa una oportunidad no solo para diversificar los socios y equilibrar el peso político y económico regional de la UE o de EE. UU., sino también para elevar la calidad de su actividad productiva e industrias nacionales y mejorar significativamente unas infraestructuras con el potencial suficiente para impulsar una dinámica de integración de gran alcance material. Para preservar sus intereses en el largo plazo necesita incorporar estrategias conjuntas que incluyan la corrección de los déficits y carencias actuales.

Referencias bibliográficas

- ARNSON, C. J. (2011): *China, Latin America and United States: The New Triangle*, Washington D.C., Woodrow Wilson Center.
- ARÓSTICA, P. (2018): “China y América Latina: Tiempo de cambios”, en Redcaem, accesible en: <http://chinayamericalatina.com/china-y-america-latina-tiempo-de-cambios/> (fecha de acceso: 16 de enero de 2019).
- BALDERRAMA SANTANDER, R. y MARTÍNEZ, S. (2010): “China, América Latina y el Caribe: el doble filo de una relación positiva”, *UNISCI Discussion Papers*, (24).
- BOLINAGA, L. y SLIPAK, A. (2015): “El Consenso de Beijing y la reprimarización productiva de América Latina: el caso argentino”, *Revista Problemas del Desarrollo* 183 (46), octubre-diciembre.
- BONILLA, A. y MILET, P. (2015): “Los impactos de China en las relaciones internacionales de América Latina y el Caribe”, en A. Bonilla y P. Milet (eds.): *China en América Latina y el Caribe: Escenarios estratégicos subregionales*, San José, FLACSO-CAF.
- CEPAL (2010): “La República Popular China y América Latina y el Caribe: hacia una relación estratégica”, Santiago de Chile.
- (2015): “América Latina y el Caribe y China. Hacia una nueva era de cooperación económica”, Santiago de Chile.
- (2018): “Explorando nuevos espacios de cooperación entre América Latina y el Caribe y China”, Santiago de Chile, accesible en: https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/43213/1/S1701250_es.pdf.
- CESARÍN, S. y MONETA, C. (2005): *China y América Latina: nuevos enfoques sobre cooperación al desarrollo. ¿Una segunda Ruta de la Seda?*, Buenos Aires, BID-INTAL.
- CORNEJO, R. (coord.) (2018): *La política cultural de China en América Latina*, México, El Colegio de México.
- CREUTZFELDT, B. (ed.) (2012): *China en América Latina: reflexiones sobre las relaciones transpacíficas*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia.
- DUSSEL PETERS, E., ARMONY, A. C. y CUI, S. (2018): *Building Development for a New Era*, Pittsburgh y México, University of Pittsburgh y Red Académica de América Latina y el Caribe sobre China.
- ELLIS, E. (2014): *China on the Ground in Latin America*, Londres, Palgrave-Macmillan.
- FLORES FIGUEROA, R. F. (2018): “El marco institucional de la cooperación china para el desarrollo. Entidades, funcionamiento, particularidades: hacia un nuevo esquema”, accesible en: <http://politica-china.org/areas/politica-exterior/el-marco-institucional-de-la-cooperacion-china-para-el-desarrollo-entidades-funcionamiento-particularidades-hacia-un-nuevo-esquema> (fecha de acceso: 16 de enero de 2019).
- GALLAGHER, K. P. y MYERS, M. (2017): “China-Latin America Finance Database”, Washington D.C., Inter-American Dialogue.
- HERNÁNDEZ, J. C. (2018): “¿Un nuevo Norte en el Sur?: La cooperación china en América Latina y el Caribe”, *Análisis GESI* 22, Grupo de Estudios en Seguridad Internacional-Universidad de Granada, accesible en: <http://www.seguridadinternacional.es/?q=es/print/1408> (fecha de acceso: 16 de enero de 2019).
- JIANG, S. (2006): “Una mirada china a las relaciones con América Latina”, *Nueva Sociedad* n° 203, mayo-junio.
- KOCH-WESER, I. (2014): “Chinese Mining Activity in Latin America: A Review of Recent Findings”, Washington D.C., Inter-American Dialogue.

- LAGOS, R. e IGLESIAS, E. (eds.) (2015): *América Latina, China y Estados Unidos*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica y RIAL.
- LAUFER, R. (2018): “La guerra comercial entre EE. UU. y China: repercusiones para América Latina”, accesible en: <http://politica-china.org/areas/politica-exterior/la-guerra-comercial-entre-estados-unidos-y-china-repercusiones-para-america-latina> (fecha de acceso: 16 de enero de 2019).
- LEÓN DE LA ROSA, R.I. y GACHÚZ MAYA, J. C. (2015): *Política exterior china: relaciones regionales y cooperación*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- MAEC (2018): “Una visión estratégica para España en Asia 2018-2022”, accesible en: http://www.exteriores.gob.es/Portal/es/SalaDePrensa/Multimedia/Publicaciones/Documentos/2018_o2 ESTRATEGIA%20ASIA.pdf.
- MANGIONE, G. (2018): “Organizaciones de cinco países latinoamericanos presentan informe independiente sobre impacto ambiental de inversiones chinas” (5/05/2018), accesible en: <http://chinaambienteyderechos.lat/> (fecha de acceso: 16 de enero de 2019).
- MOLINA, E, REGALADO, E. y RODRÍGUEZ, M. V. (2016): “Presente y futuro de las relaciones China-América Latina y el Caribe”, accesible en: <http://politica-china.org/areas/politica-exterior/presente-y-futuro-de-las-relaciones-china-america-latina-y-caribe> (fecha de acceso: 18 de enero de 2019).
- MYERS, M. (2018): “¿China entiende mejor a Latinoamérica que los Estados Unidos?”, *China US Focus* (27/02/2018).
- NOLAN, P. (2014): *¿Está China comprando el mundo?*, Madrid, Traficantes de sueños.
- OBSERVATORIO DE LA POLÍTICA CHINA (2008): “Texto íntegro del Documento sobre la Política de China hacia América Latina y el Caribe”, accesible en: <http://politica-china.org/secciones/documentacion/texto-integro-del-documento-sobre-la-politica-de-china-hacia-america-latina-y-el-caribe-2>.
- (2016): “Texto íntegro del Documento sobre la Política de China hacia América Latina y el Caribe”, accesible en: <http://politica-china.org/secciones/documentacion/texto-integro-del-documento-sobre-la-politica-de-china-hacia-america-latina-y-el-caribe>.
- OVIEDO, E. D. (2018a): “Argentina frente a la Comunidad de Destino de la Humanidad”, accesible en: <http://politica-china.org/areas/politica-exterior/argentina-frente-a-la-comunidad-de-destino-de-la-humanidad> (fecha de acceso: 19 de enero de 2019).
- (2018b): “Oportunidades, desafíos e intereses de Arxentina na OBOR”, *Tempo Exterior* 37, xullo-diciembre.
- PÉREZ LE-FORT, M. (2005): “China y América Latina: estrategias bajo una hegemonía transitoria”, *Nueva Sociedad*, (203).
- PICCONE, T. (2016): “The geopolitics of China’s rise in Latin America”, *Geoeconomics and Global Issues Paper* 2, Washington D.C., The Brookings Institution.
- REINHART, C. M. (2018): “Exposing China’s Overseas Lending”, *Project Syndicate* (31/10/2018), accesible en: <https://www.project-syndicate.org/commentary/china-opaque-foreign-development-loans-by-carmen-reinhart-2018-10> (fecha de acceso: 18 de enero de 2018).
- RÍOS, X. (2005): *Política exterior de China. La diplomacia de una potencia emergente*, Barcelona, Edicions Bellaterra.
- (2006): *Taiwán, el problema de China*, Madrid, La Catarata.
- (2009): “China, a la conquista de América Latina”, *Le Monde Diplomatique* (enero).
- (2012): “China and Venezuela: Ambitions and Complexities of an Improving Relationship”, *East Asia: An International Quarterly* vol. 29, núm. 4 (diciembre).
- (2016a): “China-ALC: otra relación para otro futuro”, *Pensamiento propio* 44, julio-diciembre/año 2.

- (2016b): *China Moderna*, Barcelona, Tibidabo ediciones.
- (2018): *La China de Xi Jinping*, Madrid, Editorial Popular.
- TORO HARDY, A. (2013): *The World Turned Upside Down. The Complex Partnership between China and Latin America*, Singapur, World Scientific.
- VVAA. (2016): “China y la Nueva Ruta de la Seda”, *Vanguardia Dossier* 60.
- RIAL (2018): “Informe CELAC-China N° 1 - Avances hacia el 2021”, Consejo de Relaciones Internacionales de América Latina y el Caribe.
- XU, S. (2010): “Vinculaciones Asia y América Latina: Pasado, Presente y Futuro”, Ponencia presentada en el VII Congreso Internacional de la Asociación Asiática de Hispanistas, Beijing.
- ZHOU, M. (2013): *El impacto de China en el mundo iberoamericano*, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona.



Fundación Carolina, marzo 2019

Fundación Carolina
C/ Serrano Galvache, 26. Torre Sur, 3ª planta
28071 Madrid - España
www.fundacioncarolina.es
@Red_Carolina

ISSN-e: 1885-9119

DOI: 10.13140/RG.2.2.19285.06889

Cómo citar:

Ríos, X. (2019): “El estado de las relaciones China-América Latina”,
Documentos de Trabajo, nº 1 (2ª época), Madrid, Fundación Carolina

La Fundación Carolina no comparte necesariamente
las opiniones manifestadas en los textos firmados
por los autores y autoras que publica.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional
(CC BY-NC-ND 4.0)

